La espera se prolongó por algo más de media hora, hasta que vio aparecer, atravesando el arco y desplazando la cortina que lo cubría, la figura esbelta de Jocelyne, que se acercaba hacia él con una preciosa sonrisa en los labios pintados de rojo carmín. Al llegar a su altura, extendió una de las manos para que se la tomara. Él la acercó a sus labios y la besó. Ella no dejaba de sonreír.

¿Sabes que eres el único hombre al que le permitiría algo así? dijo en un tono que no supo si era de reproche o aceptación.

Parto en unas horas y no sé cuándo regresaré. No podía abandonar Sevilla sin verte de nuevo, sin despedirme de ti.

Jocelyne se había sentado al borde de un precipicio, a punto de iniciar un descenso fatal, un descenso sin retorno al que él le seguiría. El sol, todavía alto, trazaba un sendero de luz hasta los pies de la estatua de Venus desnuda que emergía de una hornacina. El eco de sus palabras resonaba en el gran salón, igual que su respiración agitada, que había trocado su semblante risueño. Ambos se sentían poseídos por una fuerza desconocida.

¡Vamos a mi cuarto, Gabriel! suplicó mientras le tomaba de la mano y le arrastraba tras ella.

Atravesaron el arco y continuaron por el largo pasillo. Al llegar a la puerta de la habitación miró al muchacho, regalándole una sonrisa mitad mueca pesarosa. La siguió hasta el centro del dormitorio. Ella se sentó en el lecho y se descalzó dejando sus pies libres de ataduras. De pronto se puso a tararear una cancioncilla llena de melancolía, de angustia y de soledad. Gabriel sentía cómo se disolvía en ese murmullo, perdiendo la noción del tiempo y el espacio. Vaciándose en sí mismo para de inmediato llenarse de una esperanza imposible. Jocelyne se puso en pie y se quitó el vestido blanco, que lucía hermoso en contraste con su piel trigueña, suave y brillante.

Terminó de desnudarse y liberó sus cabellos de un leve recogido que le despejaba la cara. Así, desnuda, se presentaba altiva como una diosa. Sus hermosos pechos enhiestos, generosos y firmes, modelaban un cuerpo dócil de amante transgresora. Siguiendo sus pasos, Gabriel se desnudó, sumiso a sus deseos, sin asombrarse de la plena erección frenéticamente enardecida. Sin hablar, sin sonreír, solo mirándose. Entrelazaron los dedos de las manos como en un ritual sagrado y puro. Ella descendió hasta situarse de rodillas frente a él, acariciándole las piernas de arriba a abajo. Su rostro se hallaba frente al sexo erguido de su amante. Se incorporó ligeramente hasta rozarlo entre sus pechos en un abrazo fecundo y caliente. Se miraron y en ese momento ella le sonrió, invitándole entregada.

Las manos de Mexía acariciaron los hombros de la mujer, conduciéndola hasta el lecho, donde quedó tendida y expectante como una novia intacta. Su agitada respiración le movía el pecho como un suave vaivén de olas contra un acantilado. Dobló sus rodillas le abrió los muslos, que temblaban a la espera del miembro vigoroso. Comenzó a besarla por todo el rostro. Bebió el néctar de su boca. Sus lenguas se entrelazaron en un juego de sabores y tactos. Sentía el peso de su cuerpo sobre ella, el calor de sus pechos en el torso. La penetración no se hizo esperar. La dureza viril surcó el lubricado y estrecho sendero sin apenas resistencia.

En aquel momento sintió que sus cuerpos se fusionaban formando una sola unidad. Cabalgaron en una escala sin grados, desde la furia incontenida a la dulzura golosa de la miel. Gritaron, lloraron, también rieron. Sintieron el dolor que les hacía sentirse más vivos que nunca. Alcanzaron la plenitud juntos, de manera simultánea. Su grito anhelante coincidió con los estremecedores espasmos y la húmeda tibieza de ella que resbalaba entre los muslos hasta el lecho. Gabriel se quedó inmóvil por unos instantes mientras su virilidad vibraba autónoma con los últimos estertores que habían inundado el interior. Después reanudó los besos que fueron correspondidos con dulzura. Se inclinó de rodillas sobre ella, descendiendo lentamente con la lengua cuello abajo mientras introducía los dedos entre sus cabellos. Se detuvo en un pecho, lo rodeó, enardeció su cúspide y lo succionó. Lo excitó con la lengua y los dientes hasta cambiarlo por su gemelo.

En su viaje por el mapa de piel, caracoles untuosos iban dejando su rastro de placer. Su rostro acariciaba el terso vientre mientras los labios jugueteaban con el pozo umbilical. Los dedos se acercaban al pelo rizado, que se removía gozoso mientras los besos se desperdigaban. Las manos abrían con delicadeza la flor púrpura para que los labios ávidos se posaran en su delicado estigma. Habiendo alcanzado su destino, succionaron y penetraron con su lengua vibrátil la placentera apertura.

Gabriel, no me encontrarás a tu vuelta aseguró Jocelyne en un arrebato de sinceridad.

¿Por qué dices eso? ¿A dónde vas?

Aún no lo sé. Me había jurado utilizar a los hombres con un solo objetivo: ganar el dinero suficiente para retirarme de este infierno y establecerme en algún lugar donde nadie me conociera.

¿Qué ha cambiado? preguntó con una estúpida inocencia.

Mi vida no ha sido fácil, Gabriel. Sé lo que soy y dónde estoy. También sé a lo que puedo aspirar dijo mientras rompía a llorar.

No llores le pidió mientras la abrazaba. Yo ahora tengo que viajar por un asunto de extrema gravedad, pero quiero verte a mi vuelta para que hablemos de futuro. Pese a mi juventud te aseguro que reconozco mis sentimientos.

No, Gabriel. Nosotros no podemos tener un futuro. Tú eres un caballero y yo no soy más que una ramera.

Espérame, Jocelyne, te lo ruego. Si no fuera por la gravedad del asunto, te aseguro que no saldría de Sevilla sin ti.

Está bien dijo resignada. Aunque me preocupa que te pueda ocurrir algo.

No te voy a negar que se trata de un asunto muy delicado, pero te prometo cuidarme.

Al oír estas palabras se abalanzó sobre él y le besó apasionadamente, como si fuera la última vez.